

Verdad y Ciencia de 1909
Pedro Garcia



VILLEN A, 1.º Diciembre 1909

Núm. 71

LA LUZ DEL PORVENIR

PERIÓDICO QUINCENAL ESPIRITISTA

ÓRGANO DEL CENTRO DE ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

LA CARIDAD

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

Villena, un trimestre 0,25 peseta

Fuera 0,50

Número suelto 0,05

PAGO ADELANTADO

ADMINISTRACIÓN

Calle de San Cristóbal, número 12

EL INFIERNO

SEGÚN el dogma, es éste un lugar destinado á recibir á los réprobos para someterlos al tormento del fuego durante toda una eternidad.

Después de la invención del cielo y del diablo, la Iglesia pensó que si el primero se había hecho para recibir las almas de los justos, por fuerza había de existir otro lugar completamente distinto del primero para albergar las almas de aquellos que no muriesen limpios de pecado, y se les ocurrió la idea del infierno. Una vez creado dicho antro, cayeron en la cuenta de que el demonio andaba cesante desde que Dios le arrojó de su lado, y lo nombraron monarca y señor de aquel terrible lugar.

Se instaló Satán con los suyos, nombró ministros, empleados, consejeros, organizó todos los servicios y, en una palabra, lo dejó tan bien montado todo como cualquier dependencia del Estado.

Desde entonces acá, el espíritu católico ha escudriñado de tal manera las interioridades é intrigas de dicho recinto, que no me extrañaría que alguien me asegurase un día saber lo que allí se paga por lista civil y lo que importa la nómina de empleados.

Uno de los atributos indispensables á Dios y sin el cual no podría subsistir, es el de ser justo, y tomando dicha cualidad como inherente é inseparable del Gran Hacedor, supongamos á un hombre dotado de tan perversos instintos, que durante la corta ó larga vida que Dios le conceda haya hecho todo el mal posible y ningún bien á sus semejantes. Con arreglo al dogma religioso, dicho hombre ingresa en el infierno castigado por Dios por toda una eterni-

dad. Y ahora me pregunto: ¿á fuerza de pasar siglos y siglos, no llegará un día que el infeliz condenado habrá recibido más daño del que haya podido hacer durante su corta vida? La lógica me dice que sí. Pues á partir de aquel momento, el permanecer un segundo más en el infierno acusaría una gran injusticia en Dios, que no puede darle por una parte un tiempo limitado para pecar y una eternidad para castigarlo, y eso sin contar que no existe ningún ser absolutamente malo; el hombre más depravado y abyecto no puede sustraerse á tener algún pensamiento bueno y alguna acción meritoria durante el transcurso de su vida.

¿Cómo, pues, el hombre, ser imperfecto, habría de sentir deseos de hacer el bien, y Dios, siendo el bien absoluto, no habría de sentirse torturado de verlo y misericordia durante una eternidad de castigo?

To los conocéis lo grande y hermoso que es el amor maternal; imagináos, pues, una madre y un hijo; ella, buena y virtuosa, logra salvarse; él, perverso y deján los llevar de sus malos instintos, se condena. Dios, Juez Supremo, dice á la madre: —Ven á mi derecha á gozar de la gloria que he prometido á los que practiquen mis santos mandamientos. Y tú, hijo desnaturalizado, que has olvidado mis santas leyes, condenado serás al fuego eterno. Y contesta la madre: —¡Perdón, Dios mío, para el hijo que he llevado en mis entrañas. Pero Dios, que no puede volver sobre sus acuerdos, mantiene en firme la sentencia; el hijo infeliz se dirige al Averno; la madre se abraza desesperada á su hijo y le sigue.... Dios procura detenerla y le dice: —No es ese tu camino, santa mujer. ¿A dónde vas? Y ella, en un arranque de amor maternal, exclama: —¿Que adónde voy? Pues al infierno, á su lado, á consolarle, á enjugar sus lágrimas, á llorar, á sufrir con él, que es sangre de mi sangre; quede para tí ese cielo que me has prometido, pero que no puedo aceptar mientras mi pobre hijo quede entre tinieblas sufriendo los rigores de tu justicia y renegando de tu sabiduría inmensa, que no ha sabido evitar que sea atormentado durante esa noche sin fin que se llama eternidad.

Camilo Flammarion

MI DECÁLOGO

VI

PERDONA

El rencoroso patentiza *temor y pequeñez*.
 Temor de que los demás puedan creer verdad la odiosa calumnia, justicia la agresión.

Pequeño, porque *si realmente se sintiese grande en su pasado*, no abrigaría ese temor.

El que perdona, por el contrario, patentiza *valor y grandeza*.

Valor rayano en *heroísmo* y grandeza que toca en lo *sublime*, cuando el perdón, en vez de ser concedido, es humildemente solicitado del mismo ofendido con sincero propósito de enmienda y seguido de amplia y completa reparación.

Pensamientos

La felicidad del hombre en esta vida, no consiste en no tener pasiones, sino en saber dominarlas.

—Es una desgracia no tener nada que desear y mucho que temer: tal es la desgracia del rico.

—La vida del delito mancha; la realidad de la pobreza, honra.

—Obedecer á la razón es siempre libertad.

—Nota todos los defectos: corrige los tuyos y calla los ajenos.

¡GUERRA Á LA GUERRA!

Sin tregua debe ser la lucha de cada uno de los séres que comprenden con verla lero sentido el quinto mandamiento y que comienzan también á desentrañar el alcance espiritual y práctico del «Amáos unos á otros»; y el que hallándose en tales circunstancias no protesta contra ese crimen colectivo que se llama la guerra, admite su parte de la responsabilidad moral tremenda que pesa sobre la sociedad cada vez que se riega el suelo de la tierra con sangre de uno de nuestros hermanos.

Se discuten cuestiones en las asambleas que, con la mayor facilidad, pasarán inadvertidas para el espiritista; pero no puede impunemente quedar frío ante los problemas de la guerra y de la pena de muerte, pues no debe verterse una gota de sangre humana sin que su alma, convencida de que aquel sér que la vierte es hermano de todos, sea la que sea su nacionalidad y su credo religioso, sin que su alma intervenga para protestar.

¿Cómo se explica que una sociedad que se dá el título de cris-

tiana, que enseña los mandamientos de la ley divina á sus miembros entre los que se halla el que dice terminantemente *no matarás*, haya llegado al siglo XX, permitiendo aún la guerra, el cadalso, la violencia, eternizando así en la tierra á los Cármenes y á los Abeles?

Sólo la hipocresía que reina sobre ella puede explicar esto. La mentira social lo emponzoña todo y esa mentira es la que permite al católico coger un arma, ir á la guerra, ejercer de verdugo, matar, en fin.

Efectivamente, el precepto del mandamiento divino es terminante. Dice: «No matarás». No excluye de su prohibición á nadie, porque no lo podía excluir, puesto que todos los seres creados son hijos de un mismo Padre y que matar á cualquiera constituye á los ojos de la suprema justicia un fratricidio.

Hemos de decir la verdad á nuestros compañeros de destierro tal como nuestra razón la vé y la entiende y al hacerlo así, no es que pretendemos sentar plaza de maestros, no; es que convencidísimos de cuanto afirmamos aquí, de la responsabilidad que cada cual de los miembros de la sociedad en la que vivimos asume en esas tragedias sangrientas, sufren nuestros corazones y quisiéramos evitar siglos de dolores á nuestra pobre humanidad.

Este es el móvil que nos incita á llamar profundamente la atención de todos sobre la farsa en medio de la que se agita la sociedad.

Al afirmar el Espiritismo que tras de muchos siglos de tinieblas, de errores y de luchas, habrá de imponerse el reinado de la luz, de la verdad y del amor, nos hace entrever, no como una visión teórica, no como una utopía, sino como certeza realizable, una época en la que las fronteras no existirán, en que los pueblos de diferentes razas y naciones, vivirán más unidos que lo son hoy las diversas provincias de un mismo Estado. Se habrá creado un Gran Tribunal internacional para dirimir todas las cuestiones en el seno de la paz definitivamente victoriosa sobre nuestra tierra. Las leyes serán más fraternales, los odios de todas clases habrán desaparecido. El amor de cada sér no se detendrá, como hoy, en el portal del hogar, no se limitará á la nación, se extenderá á toda la humanidad visible é invisible, sin excepción. Todo lo que significa fuerza, en el sentido en que hoy se da á esa palabra, habrá desaparecido. No existirán ya los ejércitos permanentes.

Esa juventud ardiente, que llena hoy los cuarteles, empleará sus energías en el constante progreso agrícola, comercial é industrial de los pueblos. Las millonadas de duros que figuran ahora en el Presupuesto de guerra de las naciones, cuyo presupuesto las arruina, á todas se gastarán en el aumento del bienestar social en todos los órdenes de la vida. Esto nos anuncia el Espiritismo y sabemos que no son vanas quimeras nuestras esperanzas, puesto que, comparando nuestro estado actual de progreso con el de cada

siglo anterior, hemos de reconocer que la humanidad no se detiene nunca y que en su marcha, obedece siempre á una Ley suprema que es el Progreso.

El amor ha de reinar sobre todos, ha de ser el único dueño de nuestra humanidad, el amor fraternal, puro, divino, anunciado por Cristo.

La guerra, con su séquito de horrores, con su acompañamiento de males, desaparecerá ante los golpes celeres que le asestan y le asestarán cada vez más los adelidos del progreso. En el número de los combatientes que luchan para conseguir este triunfo, deben figurar naturalmente en la vanguardia los que se han cobijado bajo la bandera de amor y de paz que tremola el Espiritismo.

Promover congresos internacionales que se ocupen del establecimiento del arbitraje obligatorio para resolver todas las diferencias que entre Estados pueden surgir; del desarme, en fin, de todas las grandes cuestiones suscitadas por la guerra; no descansar hasta conseguir un resultado práctico al fin que se persigue: este debe ser el afán de todos los que anhelan ver la Fraternidad Universal implantada en nuestro globo.

Cada gota de sangre que se vierte sobre él es un crimen colectivo del que todos tenemos nuestra parte de responsabilidad ante la eterna justicia.

¡Guerra á la guerra, debe ser nuestro grito, nuestra enseña, nuestra divisa! ¡Basta de sangre humana vertida por el hombre mismo! Todos somos hermanos, hijos de un mismo Padre, todos salidos de un mismo principio y destinados á un mismo fin.

¡Guerra á esa institución terrible, que nos han legado las edades de barbarie, á esa devoradora de existencias, á esa aniquiladora de todas las fuerzas de los Estados!

¡Guerra á la guerra, en fin!

S.

De Víctor Hugo

EL joven rico tiene siempre á su disposición mil distracciones brillantes y groseras: las carreras de caballos, la caza, los perros, el tabaco, el juego, las mujeres, las comidas opíparas y lo demás que es consiguiente; ocupaciones todas ellas de las bajas regiones del alma, á expensas de las regiones superiores y delicadas.

—Destruid la cueva ignorancia, y destruiréis al topo crimen.

—Ciertos pensamientos son verdaderas plegarias. Hay mo-

mentos en que, cualquiera que sea la actitud del cuerpo, el alma está de rodillas.

—Cuando la gracia se mezcla con las arrugas, es adorable. En la ancianidad festiva y gozosa hay una especie de aurora.

—No basta ser dichoso, es preciso estar contento y satisfecho de sí mismo, de su propia conciencia.

—Un corazón necesita siempre un huesito que roer.

—El más bello altar es el alma de un infeliz consolado y dando gracias á Dios.

—Las faltas de las mujeres, de los niños, de los sirvientes, de los débiles, de los indigentes y de los ignorantes, son por culpa de los maridos, de los padres, de los amos, de los fuertes, de los ricos y de los sabios.

ENTIERRO CIVIL

Con numerosa asistencia, el Centro «La Caridad» acompañó el Domingo 14 del mes finado, al Cementerio neutro, al organismo material de una de las hijas de nuestro Director, Pedro García.

Caridad, que así se llamaba la desencarnada, no estuvo más que 3 años en la tierra y regresó al espacio después de larguísima enfermedad.

Saludamos al espíritu libre y con los hermanos que hablaron en el Cementerio repetimos aquí que estos actos deben multiplicarse si queremos ver libre la conciencia de los actos confesionales obligados. Con ellos, también afirmaremos una vez más ante un cadáver, ante la misma muerte, que no existe tal muerte para el ser, sino un cambio de su modo de estar y continuación de la vida que, siendo eterna en sus manifestaciones, no puede verse interrumpida ni un instante.

Uno de los muchachos del Centro, José Verdú, dijo ante la concurrencia, con entusiasmo y sentido, la admirable poesía de Salvador Sellés, que por creerla muy oportuna, publicamos á continuación:

¿Qué es morir?

Creed, mas no en la muerte porque es vida.
 ¡No digáis que se muere: que se nace!
 Sois... como yo, como los hombres todos.
 Os lanzáis del placer en la vorágine

procurando olvidar entre festines
 que hay escollos, abismos, tempestades,
 naufragios, fin y muerte, la sombría
 igualdad en el fondo de los mares,
 aunque la vida en su lección repite
 que el pequeño y el próspero equivalen,
 pues que todos los hombres somos hijos
 de un sollozo sin fin, del propio padre,
 siendo la misma lágrima cañla
 del mismo lagrimal, que liora sangre!

Vivís creciendo en hinchazón de orgullo.
 Vagáis, corréis, soñáis, sufrís, soís frágil,
 caéis, os levantáis... ¡Mas ved el alba!
 ¿qué alba? La muerte; ¿qué es este paraje?
 La tumba.—Sopla un viento, viento ignoto
 que os arroja á los cólicos umbrales.

Allí tembláis desnudo, impuro, horrible,
 ceñido por mil lazos repugnantes
 por esta densa red de mallas lúnebres
 hierros, tinieblas, vergonzosos males....

De pronto, un alguien canta en lo infinito;
 un alguien os bendice; mas de ese alguien
 no conocéis la voz, no véis la mano
 de la cual sobre vuestra alma el amor cae.

Llegáis hombre, cadáver, nieve, copo,
 os derretís, vivís, sentís que invade
 entero vuestro sér, éxtasis y éther
 y en un mar de delicias inefables
 os estremeco la derrota extraña
 del mónstruo que en la luz se torna arcángel.

¿Por qué llorar?

Caridad está con nosotros. El viernes se comunicó en el Centro,
 animando á todos.

¡Bendito sea el Espiritismo que tal convicción afirma en las al-
 mas y las hace despedirse del sér querido que regresa al espacio
 con un «Hasta luego» eminentemente consolador, en vez del des-
 garrador «Adiós para siempre» que la mayor parte de los católicos
 pronuncian en aquellos atribulados momentos!

¡Bendito sea! ¡Bendito sea!



DE ULTRATUMBA

Pedid luz y la luz descenderá á vuestro espíritu; porque los emisarios del Señor están siempre dispuestos á alumbrar el camino de sus hermanos terrestres, que marchan entre las obscuridades de la ignorancia y del error; pero no venimos á alentar vuestras flaquezas, á fomentar vuestros anhelos vanos y engañosos; porque somos mensajeros de la luz y venimos á enseñar, á dirigir y á impulsar á los hombres por el camino de su mejoramiento, del sendero de su progreso y de su bien.

Oid, pobres hermanos de la Tierra: hay faltas que vuestros códigos no penan, porque la justicia humana castiga, pero no enseña; hiere, pero no corrige; mata, pero no regenera. Estas faltas son las que se inscriben en el código divino, con caracteres que sólo puede borrar el arrepentimiento y la conversión al bien de vuestros espíritus.

Siempre que el orgullo levanta una tempestad en vuestras almas, sangran vuestros corazones.

¡Justo castigo de esa flaqueza que debéis desterrar, sustituyéndola por las virtudes que les son contrarias; como la tolerancia, la indulgencia, la abnegación y la dulzura!

¡Oh!, si ensayáseis el ejercicio de estas virtudes, hijas de la caridad, que es el amor sublimado y engrandecido, serfais dichosos en medio de las mayores contrariedades, y apesar de la más obstinada oposición.

Sólo entonces serfais grandes á los ojos de Dios y á los de vuestra propia conciencia, y vuestra felicidad sería merecida.

* * *

La ley es terminante y se encierra en aquellos dos preceptos: «Ama á Dios sobre todas las cosas, y al prójimo como á tí mismo.»

¿Aman al prójimo los que no le hacen bien alguno, ni se dueñen de sus aflicciones y de sus necesidades?

Por eso, los que no hacen bien, hacen mal, aun cuando directamente no ofendan ni lastimen los intereses de nadie; porque el peor de los egoísmos es aquel que se abstiene de hacer el bien, escudado con la idea de que tampoco hace mal.

No digáis de quien no ha hecho bien, que es bueno porque no ha hecho mal; sabed, que dejar de hacer el bien que se puede, es hacer mal, haciéndose responsable de todos aquellos sufrimientos y males que pudo haber evitado, y no lo hizo.

Entended bien la ley, para que vuestras almas, cada vez más, se regeneren y depuren en las fuentes saludables de la doctrina consoladora y pura que habéis abrazado.